GUERNICA

Jerónimo López Mozo

PERSONAJES

MUJER DEL INCENDIO.

MADRE CON SU HIJO MUERTO.

MUJER QUE MIRA LA LUZ.

TORO.

CABALLO.

GUERRERO.

PÁJARO.

FLOR.

PORTADORA DE LA LÁMPARA.

Al fondo hay un gran mural blanco de 7,82 metros de longitud por 3,51 de altura. Delante de él, un espacio amplio y despejado y, a continuación, las localidades que ocuparán los espectadores. Los asientos no están dispuestos del modo tradicional, sino agrupados de tal forma que quedan pasillos y espacios amplios para el movimiento de los actores. Son giratorios, por lo que los espectadores pueden seguir la acción en su totalidad. Diversas pantallas dispuestas a partir del mural rodean los asientos y convierten el ámbito escénico en un lugar cerrado, quedando únicamente pequeños espacios para la entrada y salida de actores y espectadores.

Varios altavoces, uno por cada pantalla, están distribuidos alrededor de la sala. También hay dos cámaras de vídeo situadas en lugares que dominan la acción sin entorpecerla. Las grabaciones obtenidas en cada sesión pueden ser empleadas, en las sucesivas, junto al material que se proyecta en las pantallas. Algunas gigantescas lámparas niqueladas, semejantes a las empleadas en los quirófanos, están suspendidas del techo.

Los espectadores encuentran en cada asiento un programa de mano y un cirio. Transcurrido el tiempo suficiente para que hayan leído aquél, los actores acceden a la sala desde diversos lugares. Cada uno lleva un gran fragmento del cuadro «Guernica», de Picasso. Los fragmentos parecen piezas de un rompecabezas. Los actores avanzan lentamente hacia un mural situado al fondo. Mientras tanto, de los altavoces surgen cinco voces.

VOZ 1.- La Villa está en Vizcaya.

VOZ 2.- En un valle a diez kilómetros del mar.

VOZ 3.- Y a treinta de Bilbao, la capital.

VOZ 4.- Tiene siete mil habitantes.

VOZ 5.- El lunes es día de mercado. Los habitantes de los caseríos se reúnen en la plaza para vender sus mercancías y comprar lo que necesitan para la semana.

VOZ 1.- El veintiséis de abril de mil novecientos treinta y siete era lunes.

(Pausa.)

VOZ 2.- El veintiséis de abril de mil novecientos treinta y siete.

VOZ 3.- Lunes.

VOZ 4.- Día de mercado.

VOZ 5.- A las cuatro y media de la tarde, las campanas doblaron.

VOZ 1.- Anunciaban la proximidad de la aviación.

VOZ 2.- Entre las montañas que rodean el valle apareció un aparato.

VOZ 3.- El pueblo se agitó.

VOZ 4.- Después, aparecieron más aviones.

VOZ 5.- La villa nunca había sido bombardeada.

VOZ 1.- Las primeras bombas hundieron algunas casas.

VOZ 2.- La población se precipitó, despavorida, a los refugios.

VOZ 3.- ¿Cuántas mujeres y niños se amontonaban en cada uno?

VOZ 4.- Mucha gente huía de la ciudad.

VOZ 5.- Pero las calles y los campos eran ametrallados.

VOZ 1.- Algunos se retorcían moribundos en el suelo.

VOZ 2.- Dentro de los refugios, los llantos angustiosos se mezclaban con los rezos del pueblo castigado.

VOZ 3.- Cada oleada de aviones descargaba su mortífera carga.

VOZ 4.- Las casas se desplomaban sobre los hombres.

VOZ 5.- Corrían por las calles, sobre montañas de escombros, entre las llamas que envolvían los edificios. Los aviones les ametrallaban.

VOZ 1.- Dos hijas murieron agarradas a su madre cuando las tres corrían hacia un refugio.

VOZ 2.- Unos jóvenes fueron ametrallados dentro de las aguas del estuario. Se habían refugiado allí para escapar del bombardeo. Muchos murieron.

VOZ 3.- Los cazas volaban muy bajo y ametrallaban a los que se refugiaban en los bosques.

(Pausa.)

VOZ 4.- Los bombardeos empezaron poco después de las cuatro y media de la tarde.

VOZ 5.- Acabaron a las ocho menos cuarto.

VOZ 1.- Cada veinte minutos llegaba una oleada.

VOZ 2.- ¿Por qué bombardearon aquella villa?

VOZ 3.- Fue una especie de banco de prueba. Es lamentable, pero no se podía actuar de otra forma. En aquel momento, estas experiencias no podían efectuarse en otro lugar.

VOZ 4.- Todo quedó destruido.

VOZ 5.- La última luz de la tarde mostró a los supervivientes un cementerio entre ruinas y llamas.

VOZ 1.- Entre los escombros y en los campos próximos yacían mil setecientos cincuenta y cuatro cadáveres y sufrían ochocientos ochenta y nueve heridos.

VOZ 2.- Ése fue el balance del bombardeo de Guernica.

(Los actores han llegado con las piezas del rompecabezas al espacio libre que se extiende delante del gran mural. De espaldas a los espectadores, se disponen a colocar las piezas en él y a recomponer el cuadro «Guernica». En medio de un silencio absoluto, lo hacen. Cuando concluyen, las lámparas se encienden, los altavoces suenan, en las pantallas aparecen proyecciones y los actores inician la representación. La combinación de todo ello reproduce el bombardeo de un objetivo civil.

Altavoces. Doblar de campanas. Cada vez más fuerte. Motores de aviones en la lejanía. Se aproximan. Tanto, que parecen volar sobre la sala. Su rugido domina el ruido de las campanas. Bombardeo. Silbidos de proyectiles. Explosiones. Gritos de pánico. El estruendo de los edificios que se desploman. Las campanas callan y los aviones se alejan. Se oyen los versos de *España en el corazón*, de Pablo Neruda. Algunas palabras no se oyen, ahogadas por los gritos.)

VOZ.- Yo vivía en un barrio

[de Madrid], con campanas,

con relojes, con árboles.

[...] Mi casa era llamada

la casa de las flores, porque por todas partes
estallaban geranios: era
una bella casa
con perros y chiquillos.

[...]

Y una mañana todo estaba ardiendo
y una mañana las hogueras
salían de la tierra
devorando seres,
y desde entonces fuego,
pólvora desde entonces,
y desde entonces sangre.

(Altavoces. Los aviones se acercan en una segunda pasada. Los gritos crecen. Bombardeo. Ruido de carretas. Las ametralladoras se ceban en las calles, en los caminos, en los campos. Los bombarderos se alejan, pero las ametralladoras continúan su caza de hombres. Con fondo de tableteo y de exabruptos de los pilotos satisfechos, los versos del poema «Picasso», de Alberti.)

¿Cuál será la arrancada
del toro -¿acorralado?-
en un duro, aparente
callejón sin salida?

Miedo.

[...]

Por sobre los tejados
se divisa la raya
de la mar y mujeres charlando en una fuente

y desnudos corriendo por la playa.

[...]

La guerra: la española.

¿Cuál será la arrancada

del toro que le parten en la cruz una pica?

Banderillas de fuego.

Una ola. Otra ola desollada.

Guernica.

Dolor al rojo vivo.

(Altavoces. Las explosiones de las bombas se confunden con el estrépito de los muros que se hunden. Los cientos de heridos gritan. Crepitan las vigas de madera en el incendio. Maldicen quienes buscan a sus muertos entre los escombros. Del fondo de los refugios salen oraciones y llantos. Una voz recita unos versos escritos por un poeta vietnamita con ocasión de la guerra de Corea.)

¿Dónde está tu madre?

Nadie hay a quien preguntar.

Sólo nos rodean el fuego y el humo.

(Altavoces. Los bombardeos ya no cesan. Ni el ruido de las ametralladoras. Se oyen lejanas algunas sirenas. Un perro ladra. Una campana toca a muerto. Los que aún viven lloran y gritan. Pero el ruido de los aviones y de las armas es más fuerte. En sordina, como pugnando por salir de entre los escombros, se oye la música de Halfter para la «Cantata de los Derechos Humanos», de Norman Corwin.)

Muerte

muerte

muerte a uno

a cien y uno

a mil
a un millón
muerte, muerte
a millones
a decenas de millones
[...]
¡Oh! ¡Oh!
El gritar amargo
el gritar de las gentes en desiertos
de piedras y acero
el gritar feroz
el gritar y el apelar
niños gritando en la cruel inmensidad
¿por qué el grito? ¿Por qué?
¿Por qué? ¿Por qué del grito?
Los perseguidos, los buchenwald
los sin hogar refugiados
sollozando en la estela de los ingenios
de la guerra
entre las ruinas
llorando a la vera del agua de mil babilonias
el gritar ¡Oh! El gritar

y así, por tanto, la Asamblea proclama
esta Declaración
esta Declaración universal
de los humanos
de los humanos universales
derechos
proclamada

a las naciones

proclamadla

proclamadla también a los niños

a los pequeños recién llegados a la vida

a quienes todavía no apesadumbra la historia de sus padres

cuando todavía no saben que están de materia

llegue a sus oídos y a los corazones inocentes

a los niños

proclamadla a los niños

los niños

suyo es el tesoro y ellos lo han de conservar

les enfants

para ellos, derecho y paz

dyetti

paz y amor

ehrtung

derechos y paz

paz

paz

paz

(Pantallas. En las pantallas, se proyectan fotografías y filmes. Panorámica de Guernica antes de su destrucción. Casa de Juntas y roble de Guernica. Plaza en día de mercado. Campana volteando. Primer plano de un anciano. Vistas aéreas de Guernica. Campos y pueblos tomados desde un avión en vuelo. Grupo de bombarderos. Primer plano de un piloto en la cabina del avión. Un avión se acerca desde el horizonte. Primero es un punto. Al final, el morro ocupa toda la pantalla. Bomba en el momento de desprenderse del avión. Bombardeo de un pueblo a vista de pájaro. Calles del pueblo. Gente en un refugio. Primer plano de una mujer con gesto desgarrado. Panorámica de Guernica destruida. Secuencias de bombardeos. Fotos de Guernica seleccionadas entre las obtenidas por los corresponsales de «The Times» y de la agencia Reuter inmediatamente después del bombardeo. Un avión en vuelo raso ametralla una carretera. Cadáveres a los lados de un camino. Imágenes tomadas desde un avión que vuela a pocos metros de altura siguiendo la línea de un camino lleno de gente en carros, bicicletas o andando. Un buey reventado entorpece el paso de los fugitivos. Hombres cubriéndose el rostro con las manos. Mezcla de las imágenes anteriores y de las obtenidas durante representaciones anteriores del espectáculo.

MUJER DEL INCENDIO.- Estoy en la cocina. Todos han salido y yo recojo la mesa.

Suenan las campanas. Ruido de aviones.

Explosiones. Lejos. Ahora cerca de la casa.

Voy a la ventana. De la plaza llegan gritos.

La gente corre. Ellos, los míos, no llegan.

Una bomba ha estallado en la casa. Hay cascotes por todas partes.

Del granero sale humo. Algo se quema.

Las bombas me aturden. Los míos se habrán refugiado en algún lugar.

Las llamas asoman por los tejados. Los techos se desploman sobre los muebles y el suelo.

Las sabanas, los manteles, las cortinas arden.

El humo me asfixia. Quiero salir de la casa.

Muchas otras casas están incendiadas también.

El pueblo entero es una antorcha. Es inútil salir.

El fuego ha prendido mi ropa y mi carne. Grito desesperada.

Mientras mi cuerpo se consume transmito las llamas a lo que estaba sin arder.

MUJER CON SU HIJO MUERTO.- El bombardeo. Yo pensaba: son aviones que van a la guerra que pasan sobre nosotros camino de los sitios en que hay soldados que luchan.

Cuando tú seas grande, esta guerra habrá acabado y no vendrá otra.

Conocerás sus horrores por lo que los viejos te cuenten.

Tu padre es soldado. Está allí, con los otros soldados.

Pero las bombas caen aquí, sobre nosotros.

Debe ser un error.

Hay que salir del pueblo. Llegar a un sitio en el que estemos a salvo de las bombas.

Corro con el niño en brazos. Cruzo calles y plazas.

Todo se hunde. Los caminos se cierran.

¿Por qué mi cuerpo es tan frágil que no puede defenderte?

Un avión me ametralla. Corro y me persigue. Lloro. Me desespero.

El niño está muerto.

Caigo sobre él. Mi cuerpo le envuelve.

¿Qué tengo ahora que defender?

Mis pechos ya no amamantarán nada, porque ya no tengo hijo, ni está el hombre que hirió mi sexo una vez.

Siento cerca el aliento de un toro. El macho.

¡Machos que engendráis hijos que luego matáis!

El avión vuelve para ametrallarme. Extiendo las manos y pregunto al que le guía: ¿Ya para qué?

¿Eres tú el responsable de la muerte de mi hijo?

¿O quién?

MUJER QUE MIRA LA LUZ.- Hago el amor con el hombre, en la alcoba, todo cerrado, casi a oscuras. Fuera hay luz a borbotones.

Cuando me consumo en el abrazo, doblan las campanas y los gritos de los niños que juegan en la calle cesan. Es el bombardeo.

Le abrazo. Me abandono. Le dejo hacer sin querer oír la explosiones.

Los cristales saltan hechos añicos. El techo se hunde sobre la cama y la abandono.

La cama ha quedado destrozada y él, atrapado entre los hierros retorcidos.

Salgo fuera, a la luz que me deslumbra.

Corro desnuda, entre la gente que huye espantada.

Alzo la cabeza para no ver el horror que hay junto a mí y el resplandor del sol sobre las bombas que caen me ciega y no distingo nada.

La destrucción me rodea, pero sólo siento el semen que llevo dentro.

Algo estalla delante de mí. Rasga mi vientre y me duele.

Los trozos de metralla revientan mis pechos.

Me arranco los ojos con los dedos. Vuelvo a la oscuridad de la alcoba.

Siento correr por todo el cuerpo la sangre.

Muero cuando más amaba.

Quiero ver algo de luz, pero ya no puedo.

TORO.- Estoy tranquilo en el silencio de la dehesa.

Nada ensucia mi piel brillante, aunque la otra piel de toro esté rasgada.

¿Qué cosa viene a herir o a romper aquel enjambre de aviones y por qué las campanas se asustan?

Caen bombas. Son como banderillas de fuego sobre la gente. ¿Cómo reacciona mi bravo hermano en el ruedo cuando se las hincan?

Este campo ya no es apacible. Huyo. Corro entre la gente que también huye.

No me temáis. El símbolo sagrado de la mitología popular tiene tanto miedo como vosotros.

Quisiera que fuera de noche y dormir.

Pero este callejón me lleva al ruedo donde se celebra la gran corrida.

Ya sé lo que se siente en la plaza ante el castigo. Ya noto en mi carne la punzada de una bala.

¿Se acepta o se resiste? ¡Rabia! ¿Cómo se puede resistir? ¿No se habrán hecho la misma pregunta que yo los que ya han muerto?

¿Cómo se puede no aceptar estando acorralado, condenado a participar en la fiesta de sangre?

Vuelvo la cabeza hacia los aviones.

No quiero ver más cadáveres a mis pies, ni oír los estertores de los moribundos.

Toda la piel de toro está bañada en sangre e indignidad.

Estoy aturdido, herido de muerte. Por la boca escupo un chorro de sangre negra.

CABALLO.- He traído al guerrero hasta aquí.

¿El guerrero venía a defender o a atacar?

No importa. Sí es guerrero, le acompaña la destrucción.

No me maldigáis por haberle traído. Antes fui caballo de pica y he sentido el dolor de las heridas cuando me ponían frente al toro.

Me corneaba las entrañas, pero nunca hería a su enemigo, el que me cabalgaba y manejaba el hierro.

Soy uno más entre vosotros. Las bombas y la metralla también caen sobre mí.

¡Vamos! Aún puedo ayudaros. Cabalgadme y huid del fuego.

Mi vientre se ha abierto. Asoman las entrañas. Hieden.

Cosed la herida con sogas y tendré tiempo de sacaros al campo.

Galopo. Galopo y siento que las entrañas van quedando en el camino. Galopo y saltan chispas de los cascos.

Las calles desaparecen bajo los escombros y nacen caminos nuevos pavimentados de cadáveres.

Tengo la cara desencajada. Los ojos se salen de sus órbitas.

Los piso. Destrozo la carne que ya han destrozado las bombas.

Estoy bañado en sudor.

Me revuelco en una nube de polvo.

GUERRERO.- Lo que soy: un guerrero y hago la guerra.

No soy un hombre normal. No trabajo para la paz.

Caigo del caballo y me rompo.

Soy como las figuras de escayola. No derramo ni una sola gota de sangre, ni siquiera cuando los cascos me golpean.

Oprimo la espada con fuerza. Está rota, pero todavía sirve para destruir.

Los brazos y las manos con sus músculos de aristas han aprendido a manejarla.

Cumplo las órdenes que recibo: sujetar siempre la espada. ¡Que nadie me la arrebaté!

¿Pero alguno de estos piensan luchar contra mí? Gritan. Corren y gritan. Ninguno me mira.

Pasan sobre mí como sobre las ruinas de sus casas.

¿De qué se asustan?

Es la guerra. La heroica guerra.

Deteneos. No huyáis. Quiero arengaros y convenceros de que la guerra es cosa que nos atañe a todos. Es violenta, pero no cruel. Trae siglos de dominio y gloria.

Los pies de las gentes reducen a polvo mi cuerpo. No me escuchan. No me miran.

Las bombas arrojan sobre mi cadáver muros de piedra.

Estoy cerrado en un tumba espesa y desconocida. ¡Señaladla para que rindan a mi cuerpo honores militares! ¡Señaladla!

PÁJARO.- Sobre los tejados el espacio es ancho.

Vuelo, Planeo. Desciendo y enseguida remonto el vuelo.

Los ruidos son los normales. Llegan apagados desde el pueblo.

De pronto, en las alturas, se hace un silencio absoluto. Advierto algún peligro. Después, el doblar de las campanas llega atronador.

Vienen aviones. Una línea recta en el aire.

Vuelo desorientado. Me refugio en un alero.

Estallan las primeras bombas y la casa se desmorona sobre el suelo.

Huyo en medio de una sensación de inseguridad y desnudez.

La paz es una paloma. ¿Puede la paloma cubrir con sus alas extendidas a las víctimas inocentes? Las bombas quebrarían sus alas.

El estruendo rompe mi tímpano.

Pierdo el sentido de la orientación. Me mareo y siento que me precipito en el vacío.

Escucho a mi lado el silbido de las bombas que caen más deprisa que yo y enseguida asciende el ruido de las explosiones.

Entro por una ventana. Choco contra las paredes de la habitación y caigo sobre la mesa.

Tengo un ala rota. Me tambaleo.

Me ahogo. Alargo el cuello en un intento de encontrar más aire. Abro el pico.

Veo en el techo un gran agujero y el cielo.

Ya no puedo intentar alcanzarle. Y aunque pudiera, ¿para qué? Los aviones son sus dueños.

FLOR.- Soy la primera flor nacida este año. Me riega la sangre que corre junto a mí. Cuando llueva, el agua arrastrará la carne podrida de los muertos y me alimentará.

En unas horas seré el único ser vivo. La flor hermosa en un campo de cadáveres.

Una flor atada a la tierra, sin posibilidad de escapar.

Respiro el aire que circula a ras del suelo. También está podrido. Voy a morir ahogada, pero mi agonía será la más lenta de todas.

¡Viejo roble, tú aún respiras limpio! Si una bomba te derriba, cae sobre mí y destrózame.

¿Para qué sirvo? ¿Quién va a contemplar mi belleza si no hay tiempo para la admiración? Todos somos insignificantes ante la magnitud de las bombas.

Me asfixia el olor a estiércol.

Me cubre el polvo de escayola del cadáver que tiene un hierro en la mano. No sangra. No tiembla en los estertores últimos, mientras se descompone.

¿Y si su hierro afilado me cortara el tallo? Sería mejor.

Han cesado los ataques. Silencio, Ni un grito, ni un quejido.

Los aviones regresan, pero ¿por qué los hombres continúan callados?

De nuevo, las bombas, la metralla, el resquebrajarse de los edificios y el crepitar de los hierros al fuego.

Los hombres no han callado. ¡Han muerto todos!

El pueblo ya es un cementerio. Una tumba grande.

He quedado sola, muriendo lentamente.

PORTADORA DE LA LÁMPARA.- El zumbido de los aviones se acerca. Este pueblo es su meta de hoy.

Os lo anuncio: traen la destrucción y la muerte.

Huid antes de que lleguen. Nada podéis contra ellos.

Es tarde. Ya arrojan su carga sobre nosotros.

Nada puedo hacer para evitarlo. Mi gesto, como el vuestro, es de terror.

Grito mi indignación, porque vuestras voces se pierden entre los escombros y son ahogadas por el estruendo de las bombas.

Recorro la ciudad. Ilumino cada rincón buscando los triunfos de la muerte.

Alzo la vista y maldigo a los aviones que cubren el cielo y a los que emplean las armas para matar.

No puedo traer la paz, pero no voy a predicar tampoco la venganza.

Cuando la noche os cubra, mi lámpara seguirá encendida señalando al mundo el lugar en que se ha consumado el crimen.

Nadie puede ignorar mi denuncia.

Tansmitidla cuantos estáis aquí.

Evitad que los hogares sean destruidos por el fuego. Lamentad que los hijos mueran asesinados en los brazos de sus madres.

Este que agoniza retorciéndose de dolor es un pueblo inocente.

Encended vuestras antorchas y mantenedlas así mientras en el mundo los pueblos sean destruidos y sus gentes matadas.

(Todos los personajes, excepto LA PORTADORA DE LA LÁMPARA, han muerto. Ella se sitúa ante el gran mural. Las proyecciones y el sonido de los altavoces cesan. Los actores avanzan hacia el mural. Cada uno toma un cirio y lo enciende en la llama de la lámpara. Después se dirigen al público y la llama se multiplica de unos cirios a otros. Simultáneamente, las lámparas suspendidas sobre el escenario se apagan.)

16